

DIRECCION:

Calle de Velázquez, núm. 106.
Teléfono núm. 55119.

ADMINISTRACION:

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.
Teléfono núm. 90545.

20 céntimos

Criterio

Revista semanal de orientación política y literaria

SUSCRIPCIONES

ESPAÑA:
Trimestre, 2,75 ptas.; año, 10,00 ptas.
PORTUGAL Y AMERICA:
Semestre, 8,00 ptas.; año, 15,00 ptas.
OTROS PAISES:
Semestre, 16,00 ptas.; año, 32,00 ptas.

SOBRE EXCLUSIVISMOS

“ESPAÑA ES LA CASA DEL PUEBLO”

por FABIO

De nada se acusa tanto al catolicismo como de intolerante. Se le apostrofa espíritu estrecho, cerrado, exclusivista. Horroriza el exclusivismo católico... Tanto que “la civilización moderna” no ha traído a este mundo más fin que oponer a ese espíritu estrecho, cerrado, exclusivista, un espíritu amplio, abierto a todas las ideas: el espíritu de las modernas tolerancias y libertades.

¿Recuerdan ustedes las primeras manifestaciones de este espíritu, amplio y abierto, de la civilización moderna? Sí... Entre nosotros sus primeras manifestaciones se cifraban en el lema: “Constitución o muerte”.

¿Recuerdan ustedes sus manifestaciones últimas en las actuales Cortes? Sí: el mismo lema, vociferado en otra forma por la mayoría constituyente, alrededor de la guillotina en que acababa de ejecutarse hasta el derecho de los diputados a defender o siquiera a esclarecer la despotica arbitrariedad de la suspensión de los periódicos del Norte: La libertad para los liberales... no monárquicos.

¿Se quiere más amplitud de espíritu, más apertura, más tolerancias, más libertades?... Más nos parece gollería, pero allá va.

Muchas vueltas se le han dado en los hornos y hornillos de la crítica periodística a la enmienda que propuso al artículo primero del proyecto constitucional cierto diputado, socialista un tiempo, no socialista después, y ahora socialista de nuevo: “España es una República de trabajadores”.

Pero no hemos visto analizada esa enmienda en su propia salsa. Analizarla en su propia salsa es analizarla en el lugar que le corresponde dentro del artículo primero; analizar el artículo primero tal como resulta con la enmienda, y tal como quedó aprobado por la soberanía parlamentaria, que es en último término (y en todos los términos) la mayoría.

Por cierto que, aprobada la enmienda por la soberanía parlamentaria, en ausencia del presidente del Gobierno una tarde, fue a la otra tarde desaprobada, después de un discurso del mismo presidente. La soberanía parlamentaria, la soberanía nacional, nos pareció en este lance tanto más esmirriada y digna de lástima que aquellas soberanías que reinan y no gobiernan.

Dice así el artículo primero con la enmienda: “España es una República de trabajadores. Los poderes de todos sus órganos emanan del Pueblo”.

Antes de la enmienda nos preguntábamos: ¿Qué quiere decir aquí la palabra “trabajador” de la civilización moderna es un diccionario de equívocos. Pero esa enmienda, aprobada por la mayoría, disipa toda confusión.

Na falta quien pregunta a su vez: ¿Qué quiere decir la palabra trabajadores en esa enmienda?

En el lenguaje católico, trabajo es toda actividad humana encaminada al sustento. No se dará definición más adecuada, ni menos exclusivista que esta que da León XIII del trabajo.

Los latinos decían “labor”, nombre derivado del verbo “laborar”, que quiere decir “caer”. El trabajo supone en el trabajador un decaimiento, un desgastarse de fuerzas. Este desgastarse es elemento tan esencial en las teorías socialistas sobre el trabajo, que para no pocos es lo principal y a muchos los fascina hasta el punto de no hablar sino de trabajo manual, como si en el trabajo intelectual no hubiera a veces más desgaste que en el manual.

Lo cierto es que, admitan o no admitan la distinción entre el trabajo intelectual y el manual, la significación de la palabra trabajadores en labios socialistas está suficientemente indicada en el rótulo: “Unión General de Trabajadores”, y en este otro: “Confederación Nacional de Trabajadores”. El trabajo del socialismo, el trabajador socialista.

La enmienda, pues, presentada por un socialista y aprobada por los socialistas quiere decir lisa y llanamente: “España es una República socialista”, por mucho que el equívoco se adorne.

Ello esclarece la palabra pueblo del texto del artículo, sin perjuicio de que a su vez, y como en reciprocidad, la palabra pueblo esclarezca más y más la genuina interpretación de la enmienda.

La voz pueblo, de “pópulus”, probablemente tiene en su contextura ese “poli” que lleva la palabra “política”, y que significa “muchedumbre”.

Los escolásticos entendían por pueblo la muchedumbre asociada “iuris consensu et utilitate communi”. Así decimos pueblo español, pueblo francés, pueblo alemán, como quien dice España, Francia, Alemania.

Pero, supuesta su significación de muchedumbre, es natural que tenga otra significación menos amplia, más estricta. La sociedad se compone de muchedumbre y unidad. La muchedumbre se llama causa material; la unidad, causa formal. La causa formal de la sociedad, la unidad, es la autoridad; la causa material, personal, es el pueblo.

De esta manera, pueblo es todo lo que no es la autoridad. Pero el socialismo, que antes que político es económico, entiende por pueblo... lo que se indica suficientemente en el rótulo “Casa del Pueblo”. Con la enmienda aprobada por los socialistas y presentada por un socialista, el artículo primero quiere decir: “España es una República socialista”. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo socialista... Reduciendo más los términos: “España es la Casa del Pueblo”.

Y para que no haya duda sobre qué Casa del Pueblo es esta, recuerde que esa enmienda misma fue propuesta por los radicales socialistas antes que la propusiera el ahora socialista señor Araquistain, y no fue aprobada. Se aprobó cuando la presentó un socialista. Significa, pues, el artículo primero: “España es la Casa del Pueblo de la calle de Piamonte. De allí emanan los poderes de todos sus órganos, y no hay más República que ésta”.

Todo lo cual lo ha corroborado el socialista presidente de la Comisión parlamentaria del proyecto constitucional, afirmando en su discurso de El Escorial: “La República es nuestra”... Este es el espíritu amplio, el espíritu abierto a todas las ideas que la civilización moderna opone al exclusivismo católico.

Además de gracia, tiene gradación

Pastoril

No te pongas el dengue ni el sayo fino.
¡Mira que los pastores van de camino!

No luzcas en la fiesta tus arracadas.
¡Ahora van los rebaños por las cañadas!

No escuches en la noche rondas de mozos.
¡A estas horas los lobos rondan los chozos!

¡Ya se funde en regatos la nieve pura!
¡Ya vuelven los pastores de Extremadura!

¡No llores más, zagala!
¡Reza y espera!
¡Mira cómo en la cumbre brilla su hoguera!

esta farsa de amplitudes y aberturas de espíritu, de libertades y tolerancia y de la civilización moderna.

Primero. Constitución o muerte. Segundo. La libertad para los liberales... no monárquicos.

Tercero. España para los socialistas.

El cuarto grado va dentro del tercero; y ya se encargarán de enseñarlo a los socialistas, los comunistas, los bolcheviques, los anarquistas... todos esos que tienen la comisión providencial de llevar a sus últimas consecuencias el espíritu amplio, el espíritu abierto a todas las ideas, las tolerancias y las libertades de la civilización moderna, que como ve el lector es la farsa más odiosa del más brutal de los exclusivismos.

MEMORANDA

por Luis Hernando de LARRAMENDI

LA VISITA EN PARÍS

Por decreto de 27 de octubre de 1834, que confirmaron las Cortes en 15 de enero de 1837, don Carlos de Borbón, aquel Príncipe bondadoso y simpático, del que quedan en la Pinacoteca nacional dos retratos por el pincel de Goya, fué excluido, él y todos sus descendientes, de la sucesión al trono de España y destituido del carácter de Infante. Asimismo fueron relegados a la proscripción y a la pérdida de bienes.

Sacrificaban tantas grandezas y bienandanzas al respeto a la ley y al amor a la tradición española: ese fué su delito.

Durante un siglo de destierro y de desventura, la protesta ha perdurado inquebrantable a través de los sucesos. No fué bastante a conmovérlo el ofrecimiento que el general Serrano, duque de la Torre, hizo reiteradamente de la Corona de España, al pretendiente don Carlos VII: No aceptó. Porque no importaba a su estirpe que reinaran las personas, sino el derecho; y una corona revolucionaria, en cualesquiera sienes, era la ruina de España siempre.

Frente a esta rama principal y exonerada de la casa española quedó reinando una niña, doña Isabel II, en poder de los partidos. Pero su línea, por azar, más que por posible deliberación, traída a sustentar la revolución en la capciosa fórmula de una república coronada, cumplió siempre con lealtad sus juramentos.

Y una y otra rama dinásticas, sin rencor personal, se combatieron, tan ardua y eficazmente como estuvo a su alcance, en servicio de las causas respectivas, a los dictados del deber.

Don Jaime de Borbón, único descendiente varón en la dinastía propug-

nante de la ley de sucesión agnaticia, había de ser el más combatido. Dejarle sin sucesión era, a juicio contrario, finiquitar la disidencia. Y una tras otra, hasta cinco, todas las negociaciones de matrimonio encontraron, cuando menos pudiera esperarse, y sin ver con claridad por dónde surgía, algún cambio inopinado que las detenia o fracasaba.

Pero mientras así dejaba sin sucesión a un Príncipe, caudillo de sacrificio, la sagacidad política, la Providencia arbitraba que en la línea adversa abundase la sucesión familiar, mas quedase limitada a un solo posible sucesor la aptitud dinástica.

Y, como complemento, en fe de lealtad a sus juramentos democráticos, el propio don Alfonso de Borbón, desinteresado, se inhibía del Reino, declarando el fracaso de las instituciones sustentadas por su rama dinástica y entregando España al Gobierno de la revolución.

Al cabo de un siglo el más autorizado representante de la dinastía reinante hasta hace meses, ha rendido visita en su casa de la Avenue Hoche, de París, al más combatido y magnánimo de los representantes de la dinastía desterrada.

Y el abrazo habrá sido cordial. Respecto a lo tratado, ni se sabe. ni hay que hacer caso de las mil fantasías periodísticas.

Pero confiese. Son dos lealtades; son dos distintas, aunque abnegadas e independientes: son dos desinteresados servidores de España quienes se han entrevistado. Y no es poco notoria la intervención providencial.

Todo será sin sangre ni aventuras, para bien de España.

En el siglo y una vida entera de sacrificios son la más segura garantía humana.

Vitrina

AVENTURAS DE UN EM-

BAJADOR EN X

No carece de importancia la madera de que debe hacerse un mueble. Porque no hay democracia en la carpintería, ni en nada, y no es igual un mango de escoba que un arcón incofruptible y tallado. Del más pobre fino al más rico cedro, la variedad indefinida, sin igualdad ninguna, es una lección de la naturaleza.

Pero no se sigue esa lección en las democracias políticas y se piensa que cualquier madera es buena para hacer embajadores.

En otros tiempos los designados para esos cargos debían ser grandes señores, grandes políticos o grandes competentes. Las tres clases de hombres eran adecuadas para representar con honra y provecho a su país.

Pero imagínalos lo que puede ser un burguesito petulante, sin más práctica de la sociedad que las cachupinadas en la estrechez de un piso amañado con cretonas y minúsculos pegos de la misma índole, ni más preparación política que algunos artículos de inspiración democrática, ni más competencia internacional que tener vínculos de afinidad con algún extranjero.

Mientras, recién nombrado, recibe enhorabuena y prepara trajes, todo va bien.

Mas qué encogimiento en el ejercicio, qué novedad tantas fórmulas de vieja socialidad que él no conoce, qué inseguridad para cada entrada, para cada salida, para cada actitud, para cada decisión; qué cultura tan varia la de aquella alta sociedad; qué aire tan seguro, pero tan exquisito... y qué neurastenia la que se le produce al pobre embajador improvisado en aquel patio ajeno, donde trasada a cada paso.

¡Qué alegría al volverse a encontrar en el reino de la cretona!

RIGOR DE LOS TIRA-

NOS INSIGNIFICANTES

Los diputados vasco-navarros se quejan en las Cortes de que no les atienden.

Es raro.

Un Parlamento no tiene más instrumento de deliberación que el debate y el debate requiere la recíproca atención. Si no se atiende, no se entiende, y sin entendimiento ¡qué acierto puede haber?

La atención, además, es base indispensable de la cortesía, a la que también se llama política. Y, ¿cómo ha de ser posible que siete ministros vuelvan la espalda, sin atención, sin cortesía y sin rudimentos de política?

Imposible parece que sea cierto el atropello, interrumpiendo con cualquier clase de mofas a esos diputados, de acuerdo tácito, al parecer, pero común, en no escuchar.

Porque hablar es ocupación de personas, según dijo el clásico, y no escuchar es el síntoma psicológico de la tontería.

Y no puede ser que se acometa una revolución al servicio de la libertad y del Parlamento para que se practique la desatención, la descortesía y la inatención. Los tres elementos de la inatención son la más segura garantía humana.

Si fuese así, estaba todo ello juzgado por sí mismo.

Y si no fuese así habría que preparar el nuevo Tribunal de responsabilidades de la tiranía.

LES TROIS OMELETTES

Inocencio es un gran político. Así como la batalla de Lérida no se debió perder, del mismo modo todos los designios políticos suyos han debido prosperar.

Que hayan fracasado es un accidente sin importancia.

Hablando de él decía hace pocas tardes un escritor que ha conocido a casi la totalidad de los políticos de Europa y América en cuarenta años: —La prueba de que es un gran político está en su afición a los pasteles.

No hay nada tan semejante en las dotes psicológicas que respectivamente requieren como la buena cocina y la política. Y vean ustedes; lo que prepara Inocencio en la actualidad es la formación a un tiempo de tres partidos: político, uno; agrario, otro, y otro social. Que es exactamente el plato de la Gran Cocina francesa que se llama les trois omelettes y que consiste en servir en una fuente grande tres tortillas, una de colas de cangrejos, otra de puntas de espárragos y otra de trufas, acompañadas de una salsa velouté.

Como alguien le arguyera que si no le parecía lamentable, cuando nuestra desgracia son los partidos, hacerlos por triplicado; replicó: —También eso es cosa de cocina; al que no quiere caldo, tres tazas.

H. de L.

HORIZONTE INTERNACIONAL

ANTE LA AGONIA DE UN MITO

por Manuel de PALACIOS y OLMEDO

El presidente de las Trade Unions inglesas, Mr. Hayday, ha pronunciado un discurso dirigido a sus correligionarios las siguientes palabras: —“Fuerzas secretas han ocasionado la caída del Gobierno laborista, y esas mismas fuerzas han establecido un nuevo Gobierno sin la autoridad del Parlamento ni la del pueblo, valiéndose de medidas que equivalen a una dictadura.” ¡Fueron tan secretas esas fuerzas como Mr. Hayday dice? O el secreto a voces. El Gobierno laborista ha dejado el poder obligado por los grandes financieros americanos y franceses. La Banca internacional ha vencido, en esta como en otras ocasiones anteriores, a la internacional obrera. Y esa misma fuerza irá desmoronando el bárbaro imperio bolchevique. Pero a Mr. Hayday le dolía confesar todo esto en público y ante obreros laboristas. Se les ha acostumbrado en estos últimos años, allí como aquí y en todas partes, a creerse omnipotentes y omniscientes. Se les ha hablado constantemente de sus derechos y nada de sus deberes, que son correlativos. Y, naturalmente, han creído que la nación es para ellos solos. Por ello resulta que el mito democrático en sus manos se ha desinflado como un globo que pierde gas, y está en el suelo. La diferencia entre los procedimientos socialistas llamados democráticos y los de acción directa del sindicalismo es que éstos aspiran a tiranizar sin intermediario a sus enemigos y aquellos lo hacen mediante el sufragio universal y el Parlamento. Mientras sólo están en pugna ideas e intereses de índole secundaria, el mecanicismo parlamentario parece que funciona. Pero en cuanto se lucha por algo esencial, vital, aquél se rompe, incluso en la nación donde tiene cimientos seculares y se ha incorporado al espíritu colectivo. ¿Qué será en las naciones que viven en el mundo estos años: entre la revolución aguda o crónica y la dictadura, sin encontrar reposo. Aquella no es solución, ni siquiera resolución: es mero acceso epileptiforme de un organismo enfermo. Esta es sólo medicina sintomática: contra el desorden material, el orden material. Pero ¿cómo curar el desorden y la anarquía morales, causa eficiente de los callejeros?

Retroceder para orientarse

Hay quien, al comprender que marcha extraviado por una selva desconocida, si que internándose más y más en ella, sin saber si le esperan la dicha o la muerte. Pero ¿no parece más discreto volver al punto de partida y emprender cautamente otro rumbo? La humanidad se ha equivocado, y la Reforma protestante y la Revolución francesa marcan dos grandes hitos en ese camino erróneo. La libertad de pensamiento, base de todas las llama-

sitar el voto en las urnas. Una vez encaramados los demagogos (y en este régimen lo son todos en mayor o menor grado) en el poder, al chocar contra las realidades de la vida moral y económica, venían forzados a cambiar de perspectivas. La soberanía popular se truca en el poder Caliban sometido al hábil Próspero, nombre simbólico en este caso. En el poder es el capital odiado y la inteligencia y la técnica quienes se imponen. Pero ello no obsta para que a Caliban lo envuelvan en adalaciones y lisonjas.

El materialismo marxista, hoy decadente en las altas zonas intelectuales, ha dejado una huella en las masas proletarias que tardará en borrarse, si se borra. El tiene la culpa de esas posturas egolátricas que hasta en naciones como Inglaterra adoptan los partidos obreros, y los sindicatos. A fuerza de frases huecas y de fórmulas revolucionarias se han ensoberbecido hasta el punto de creer que sólo ellos forman las naciones o la humanidad. Las demás clases tienen como fin único el resignarse al sacrificio. Se les forma en un sentimiento de la solidaridad mecánica, gregaria de las sociedades obreras, y no sienten la solidaridad más amplia, más generosa, más humana que resume la conocida frase de Terencio: Soy hombre, y todo lo humano me interesa.

Y, sin embargo, sólo despertando de nuevo ese místico sentimiento de fraternidad y de solidaridad, que nació con los Evangelios, puede salvarse la civilización. Sin el son vana palabrería todas las fórmulas llamadas democrático-sociales. El odio, el rencor, la envidia, musas lúgubres y plebeyas de nuestros revolucionarios, sólo tienen fuerza para destruir: nunca crean nada. Es preciso librar de ellas al pueblo. Pero la higiene y terapéutica han de consistir en todo lo contrario de lo que hoy se está haciendo: nada de mentiras, tópicos ni adalaciones. La verdad, por cruda y amarga que fuere, por delante. Cuando el gran caudillo Zumalacárregui llegó por vez primera a tomar posesión de aquel grupo de hombres descalzos y semihambrientos que formaban el llamado ejército carlista, su saludo fue anunciarles una rebaja de sus ya harto mezquinas soldadas y el anuncio de luchas y trabajos. A los seis meses aquel grupo de hombres era ya un ejército. Sólo necesitaron fe en sus ideas y fe en su caudillo. Y para tener ambas fe condición principal que caudillo e ideas se les presentaran puros, heroicos, armónicos. La política del tira y afloja, las sordidas y premiosas colaboraciones, que lo mismo pueden ser de derechas que de izquierdas, introducen en momentos decisivos de las luchas político-sociales el desorden, la relajación, y el escepticismo. No hay, pues, otro recurso que remontar la corriente: pretender resistir abandonándose a ellas, no es útil, ni lógico, ni estético.

El futuro Leviathan

Pero nos hemos apartado un poco de las ideas que iniciaron estas consideraciones. La crisis inglesa manifiesta que aun en momentos como éstos, tan desfavorables, el capital, conserva la alta dirección del mundo económico. En esa simbiosis formada por él y por el trabajo, éste representa la materia y aquél el espíritu; por ello se complementan y se necesitan mutuamente. Y nada sorprenda, por tanto, que los que tengan ideas o sentimientos materialistas o marxistas, atribuyan al trabajo toda la gloria de la civilización y todos los derechos a los frutos de la empresa; porque sus ojos materiales no ven el invisible capital que vivifica todo, y sus cultivados rencores les impiden ser justos. Pero los hechos nos permiten suponer que en esa especie de Leviathan, colectivista monstruoso que se dibuja como una sombra amenazante en el horizonte, parecido al de Hobbes, e hijo paradójico del no menos absurdo individualismo revolucionario, el capital seguiría siendo absolutamente preciso e incluso tal vez se trocace en el idolo invisible y despojado ante el cual se postura una humanidad mecanizada y abyecta. He ahí a donde nos llevan, contra lo que suponen, no ya los socialistas, sindicalistas y comunistas, sino todos los políticos burgueses intoxicados por las ideas de la Revolución francesa. Por contagio mental, fácil en mentes frías y escépticas, unos; y otros por cobardía, por no atreverse a romper con el mito de moda, ninguno da el grito de alarma que despierte a la ciudad alegre y confiada. En el fondo esos políticos son unos vencidos: todos juzgan inevitable el fin: sus diferencias ideológicas estriban sólo en la mayor o menor velocidad de eso que ellos llaman evolución y, en rigor, es involución. De una u otra manera las fauces del monstruo nos aguardan. Y en ellas caeríamos si la humanidad no contase, afortunadamente, con reservas religiosas y morales y frutos de la experiencia social histórica, que por estar incorporados a los planos más hondos de la vida espiritual tienen una imperecedera energía. Ellos serán los que, a pesar de todo y todos, dirán la última palabra.

El engaño de Caliban

Estamos, en efecto, asistiendo a un gigantesco engaño colectivo desde hace más de un siglo. A las masas obreras se les ha hecho creer en su soberanía, a sabiendas de que ésta dura sólo el tiempo de depo-

INSPIRACIONES

por José María PEMAN

Sr. D. Luis Hernando de Larramendi.

Mi buen amigo:

Me llega su amable carta de usted pidiéndome unas cuartillas para CRITERIO, cuando una convalecencia me tiene momentáneamente retirado en esta admirable campiña jerezana, que ahora, en el dorado veranillo de septiembre, está toda llena de mil valores clásicos: desde la fragancia de mosto, que todo lo llena, hasta la exactitud de perfiles, que todo lo precisa.

No sé si esta coincidencia es un bien o es un mal. Yo, hombre al fin y al cabo de esta época alejandrina que vivimos, estoy hecho a escribir entre mis libros y mis fichas. Aquí, en el campo, falto de ellos, me siento un poco en el vacío y mi pluma vacila sobre las cuartillas, como si le faltase, para enderezar sus renglones, la acostumbrada falsilla de toda la clásica y acumulada sabiduría. Nuestra cultura de ahora es así: cultura de interior, de gabinete y biblioteca. No sabemos andar sin el apoyo de citas y recuerdos. El mundo, necesitado de una fuerte intervención quirúrgica que lo salve, va, como torero herido, apoyado en mil hombros y brazos, en busca de la blanca camisa.

¡Es, pues, un bien o un mal esto de que venga a buscarme su carta y su petición en esta isla de aire y de sol, donde, sin libros y sin fichas, conculgo con las cosas elementales?... Es, por lo menos, una ocasión magnífica para ensayar un nuevo estilo libre, sin muletillas ni andaderas clásicas; documentado únicamente, como un viejo poema cósmico, en los pájaros, los pinos, el aire y el sol.

Y no es mala documentación, esta, querido amigo, para escribir a una Revista que, como CRITERIO, nace con la bella ambición de buscar un poco los hitos y los mojones de un orden nuevo. No cabe duda que aquí al aire libre, mejor que en mi biblioteca, se me ofrece una perfecta solución de orden. Es innegable que las ideas y venidas de un toro o una gallineta son mucho más correctas y disuñen menos del orden universal que no las de un radical-socialista. También es innegable que estas cepas que tengo ante mí volverán a cargarse, para el próximo septiembre, de racimos de oro. Pero, en cambio, ¡qué fruta darán los espáñoles para el otoño que viene!

No son estas frívolas bromas. Son consideraciones que me llevan a la nostalgia y al anhelo de un orden natural, ante el cual el hombre adopte una actitud indeliberada. Me explicaré.

En las épocas de salud y de plenitud, la cultura es un orden fácil, evidente, indeliberado, sin vacilaciones, ni problemas. La música de Mozart—música de plenitud—se ha definido como "la maestría sin esfuerzo". Y del mismo modo, "sin esfuerzo" se hacían la filosofía o la política. A un hombre de una época clásica y plena le hubiera parecido monstruoso eso de sentarse delante de las cuartillas en blanco para escribir el *Contrato social* de Rousseau o la *Lettre à Maritain* de Cocteau: o sea para inventar una nueva teoría y una nueva solución de esas cosas elementales y evidentes que son el Estado, la Sociedad o la Poesía.

Y es que a la cultura sana le pasa lo que al hombre sano, que no se siente a sí mismo. El hombre sano dice: "no siento que tengo cabeza", "no siento que tengo estómago". Cuando el hombre empieza a sentir sus órganos es que la máquina no anda bien, y ya aquellas sensaciones, al margen de la perfecta salud, merecen uno de esos bellos y pedantes nombres médicos, flexibles de diptongos helénicos. Y lo mismo el sueño. El sueño perfecto es el que no se siente a sí mismo. Cuando el organismo, dolorido o indigestado, sabe de sí mismo durante el sueño, vienen las sensaciones oníricas que nos hacen, en agitados pesadillas, correr, bailar y caer de torres y barrancos.

Y esto es lo que le pasa a nuestra cultura: como anda enferma y vieja, se siente a sí misma y siente sus propios órganos. Las evidencias de ayer se han convertido en problemas. Sentimos, como problemas, el Estado, la Sociedad, el Estilo: mil cosas que ayer dormían en la euforia perfecta de la salud, de la plenitud evidente.

La "maestría sin esfuerzo" ha huido de nuestra cultura y de nuestras artes. Cuando el poema poético es pleno y sano, brotan la forma y el fondo en una espontánea conjunción: de golpe, "como un surtidor", según la frase de Rabindranath Tagore. En la iluminación súbita e inspirada, que no elaboramos nosotros como un problema, sino que se nos da como una evidencia, van unidos un esbozo de pensamiento y un esbozo de expresión. Cuando Rafael Alberti, en su primera época, dijo: ¡Y ya estarán los esteros—rezumando azul de mar!—recibió como un don gratuito, en el instante feliz, la frescura del pensamiento y el ritmo del octosílabo. En cambio, cuando ahora, él y otros, *dudan y resuelven* ante las cuartillas en blanco en qué forma y medida escribirán, es que ha huido de ellos "la maestría sin esfuerzo", el don gratuito: lo que se llamó "la inspiración". Sienten el estilo: les duele, como un problema, como una vacilación.

Y lo mismo en política. Sentimos con dolor todo: la familia, la libertad, la autoridad, el Estado. Temblaríamos si nos diéramos cuenta del enorme abismo, del anchísimo caos que representan unas Cortes Constituyentes: cuatrocientos hombres ante todos los problemas y todas las posibilidades... ¡y sin una evidencia común! Porque el hombre no posee en sí, como el animal, un sistema completo de reacciones e instintos que le baste para determinar una fórmula unánime de vida. Los animales, guiados por las evidencias del instinto, van en piara a la sombra o

al agua. Pero los hombres, no. Una reunión de hombres—una Cámara—, lejos de ser una piara, es una estrella de divergencias radicales...

Esta tragedia y esta angustia de nuestra naturaleza es la que tiene que corregir la cultura. El verdadero hombre natural no es el hombre abandonado a sí mismo, sino el hombre cultivado según su razón. La gloria de ser racionales nos priva de la comodidad de ser instintivos. La unanimidad, la claridad, la precisión que nos falta en el instinto, tenemos que suplirla con la unanimidad, la claridad y la precisión de una cultura clásica y racional. Este es el secreto de las épocas de plenitud. En cambio, cuando a la diversidad revolucionaria de nuestros instintos (*naturalidad caída*) se une la diversidad revolucionaria de nuestra cultura (*cultura apóstata*), se llega al caos. Entonces todo es posible.

Esta es la lección de orden, de salud, de eufórica vuelta a la evidencia, que me han dado hoy, sin mis papeles ni mis fichas, los pájaros, los pinos, los aires y el sol. Es preciso volver a la "maestría sin esfuerzo". Es preciso volver a adoptar una actitud indeliberada ante los fundamentos de la cultura. Por una de las muchas paradojas de nuestra caída natural, ocurre que nada hay más rico en nosotros que aquello que se nos da gratuitamente. *Gracia* es el supremo refuerzo sobrenatural de nuestra naturaleza, y *gracia* es la evidencia y la inspiración poética. Y hace falta esto: una cultura con menos pedantería para inventar problemas y con más docilidad para recibir gracias: una cultura más evidente, más inspirada y más en gracia de Dios. Un saludo cordial.

José María PEMAN.

Campiña de Jerez de la Frontera, 22 de Septiembre de 1931.

Mauricio el joven: partido

Mauricio, el joven, no dudó desde su más tierna infancia que había sido enviado por el Cielo para hacernos dichosos, aun contra nuestra voluntad, gobernándonos. ¡Qué otra cosa fué la popularidad alcanzada por su padre Mauricio, el viejo, bajo la confusión del mito: don Mauricio, sí, sino un designio providente que preparaba facilidades al hijo para su gloriosa carrera?

Notorio era su derecho legítimo, hereditario y hasta de primogenitura con sólo apartar un poco la media docena de hermanos algo mayores.

Recibió la educación propia de su rango, a la que no faltaron mundo, caza, pesca, humo, plumas variadas y hasta agrupadas algunas en útil manojito para quitar el polvo a la biblioteca.

Finó Mauricio, el viejo, entre general sentimiento, cuando Mauricio, el joven, estimaba llegada la sazón de edad para su gesta: tenía ya diez y nueve años cumplidos.

Pero el Cielo, promoviendo las virtudes humanas, suele desesperar a los mortales con lo que más les contraria, y así, turbó con acaecimientos la normalidad constitucional del derecho de Mauricio, el joven, que no veía ni gota de poder en perspectiva.

Ideó entonces composiciones diversas de gobiernos en que formaba parte, haciéndolas circular junto a la noticia exacta de la probable crisis segura. Ya formaba gobierno con otros jóvenes herederos de su edad y circunstancias, ya en un hueco que se hacía para él en la aborrecible situación, ya con el propio Policía mayor del Reino,

Mas ni sugeridas las especies al Príncipe en los puestos de caza, por algún propicio e interesado valedor, lograban sus esperanzas.

Mauricio, el joven, experimentó entonces profunda y filosófica catástrofe interior, que a pocas horas le transformó en demagogo. Pero demagogo católico y conservador. Después de todo, no era menos conservador, ni había tenido corta ventura aquel viejo apoteagma: el derecho no es católico ni protestante.

Y como la fortuna ayuda siempre a los audaces, el Príncipe en persona vino a entregar el gobierno a Mauricio, el joven.

Triunfante, al fin, multitudes con cánticos demagógicos y piras enormes de incienso, proclamaron la gloria del demagogo católico.

Hasta que los gritos de la multitud llegaron a modificar desagradablemente el timbre de sus voces, haciéndose roncadas. Y el fuego asustó demasiado a los timoratos o indignó a los prudentes.

Mauricio, el joven, se halló solo. Era incomprensible que mandando él no se hicieran demagogos los católicos... Pero Mauricio no era fácil a las irresoluciones. Abolió Obispos, amordazó predicadores y ahorcó periódicos.

Y sonriendo, triunfador, se recreaba pensando en el gran partido demagógico católico que constituiría, no quedando más católico que él, y, si acaso, algún sesudo maese Langostino que acatase la demagogia católica.

¡Lástima que Mauricio, el joven, no haya llegado aún a la verdadera madurez: la de las rectificaciones!

POR DONDE VIENE LA MUERTE

II

La dictadura puso, con el más eficaz remedio, que no es el palo, sino el imperio moral de la autoridad, límite al desorden. El golpe de Estado hizo entender en el mismo instante de su feliz éxito que había autoridad, y eso bastó.

Y a poco ya, aun personas llamadas a mejor juicio, creyeron, con la ligereza típica de la democracia, que estaba todo remediado.

Confundían—en la democracia todo es confusión e incompreensión—el fácil efecto momentáneo de la autoridad, que en cuanto existe, aunque sea precariamente, produce beneficios de paz: con la salud pública.

Pero no había salud pública. En siete años escasos de buen gobierno elemental se había puesto límite al desorden, pero no se había restañado el estrago moral y jurídico de un siglo de carcoma democrática.

Y ni siquiera se consolidó permanentemente el amparo público en la única fórmula posible para lograrlo, que era la monarquía tradicional.

Se volvió, desgraciadamente, a la causa máxima del mal: al espíritu constitucionalista, a los mitos supersticiosos, en que, en el fondo, nadie cree, y a la realidad nefasta de los partidos.

La vuelta al imperio democrático fatalmente debía llevar al desastre. En siete años escasos de un gobierno felicísimo para las circunstancias, pero no perfecto, ni siquiera normal, se había contenido el estrago moral, pero no se había restañado, y las instituciones verdaderamente constitucionales estaban sin reconstruir y hasta sin sospechar. No hubiera sido fácil en breve plazo, tal vez, tamaña restauración; pero faltó el designio y hasta

el criterio para acometerla. Y era la sola salida a buen puerto.

En cuanto se reorganizaran los elementos disolventes de la democracia, tenía que perecer toda la herencia hilvanada de orden y de paz que dejaba la dictadura y acabaría el poder público, por ser ludibrio de los demagogos.

Pero se comenzó por el final: por poner la dignidad del poder público y la autoridad en medio de la calle y dar patente de corso adulatoria a toda agitación. Se confundió, una vez más también, la fagedemia revolucionaria con la racional apatencia de libertades. ¡Cómo si hubiera modo de saciar a la demagogia!

Los mismos resortes psicológicos que movidos a derechas con un poco de autoridad lograron paz, orden y contenido del estrago moral, movidos a siniestras con un exceso de licencia, produjeron inquietud, sangre y la disolución del sentido ético, con tanta más intensidad cuanto que el desbarajuste es fácil y el orden laborioso, la anarquía inconsciente y la ordenación inteligente y proba.

La libertad por la libertad, a salga lo que saliere, es un vicio, como el alcohol, que esclaviza, excita y conduce ciegamente a la locura y al crimen. Como todos los vicios, sólo domina a los débiles y tarados, física, moral o intelectualmente.

En cuanto se proclama la libertad por la libertad, se incide inmediatamente en la embriaguez colectiva: las ilusiones de la revolución. Cada cual alienta un cascarón o una mondaraja de idea distintos, nadie sabe—saber—a dónde va; ni por qué su intención, su capricho es superior a los demás hasta el grado de autorizarle a ser juez sumario y verdugo de sus semejantes; ni por qué él—rara vez medianamente justificado—tiene privilegios para juzgar y no ser juzgado, para canoñizar a Pérez, atribuyéndole la mesiánica salvación, y degollar a Rodríguez.

Revolución, revolución, revolución. No se requiere más raciocinio, cultura ni condimento que esa palabra para arrancar aplausos, ser popular y manejar muchedumbres: un oficio fácil el de explotador de esas circunstancias.

La inquietud constante que esa fiebre colectiva produce es ya una verdadera revolución, pero el día luctuoso de los grandes crímenes frenéticos, a que se llama por antonomasia revolución, no se produce heroicamente si un siglo de democracia ha enervado los caracteres y corrompido las reservas morales.

Y en España no se produjo. La excursión de pocas horas, cerca de la frontera, en un rincón del mapa, entregándose sin lucha, de los hombres de Jaca; el vuelo de algunos minutos echando papeles sobre Madrid y marchando a Portugal, de los aviadores; no fueron la revolución. Y la barricada del Hospital se quedó tan aislada como los anteriores minúsculos intentos.

Nadie hubiese logrado mover al cuarto empeño, porque estaba acreditada la temeridad del que lo acometía y el abandono en que se le dejaba.

No hubiese habido revolución de la muchedumbre.

Y no la hubo. La hizo asombrosa un solo hombre; eso sí, un verdadero democrata: don Alfonso de Borbón.

Si parecer no puede ser más equivocado, pero nadie le aventaja en liberalismo; careció de utilidad para el bien público; pero no cabe presentar mayor fe, mayor sumisión y más descargo de conciencia en... la opinión pública.

Una mayoría electoral, que no fué mayoría, en unos comicios municipales, deciden fulminantemente al rey sin función de gobierno, de la república coronada alfoncina, a dimitir y entregar España.

Si en plena Edad Media, un rey patrimonial se hubiera atrevido a hacer semejante entrega, sólo sería por testamento, para llenar su vacante... y nadie la hubiera tenido por válida, ni cumplido.

Pero la opinión de don Alfonso era tan sinceramente democrática, que la sospecha de una mayoría republicana le venía haciendo pensar en marcharse hacia mucho tiempo. Si a su lamentable comprensión genuinamente democrática no hubiese correspondido la genuinamente democrática incompreensión del prematuro gobierno provisional encarcelado, ¡quién duda que al buscárselos en la cárcel era casi segura la misma escena del 14 de abril!

¡La frase de octubre, en Zamora, Monarquía o República, qué más da: España; no

textifica la misma disposición!

Y así, de chamba en chamba, por la inestabilidad, ligereza y falta de inteligencia del opinionismo democrático, que es tanto como decir falta de criterio político, monárquico y tradicionalista, España ha perdido una ocasión singular de normalizar a tiempo y establemente la vida propia de su verdadera constitución: ha dilapidado, más que con prodigalidad, con incapacidad mental, los bienes de la rara dictadura de Primo de Rivera, sin remediar sus omisiones ni tener idea de sus verdaderos yerros, y ha sufrido en obsequio de una demagogia perturbadora, pero impotente, la más incomparable revolución desde arriba, hecha por la propia corona de un absurdo sistema político, cuya realidad era virtualmente republicana y del que el monarca, sin función de gobierno, por asombroso que parezca, ha deducido funestas e insuperables consecuencias con la más honrada lógica de lo incoherente.

ANFIBOLOGIAS POLITICAS

EL TRABAJO, DEBER SOCIAL

por Víctor PRADERA

La actualidad, tirana efímera, pero a cuyo imperio no cabe substraerse, me obliga a alterar un tanto el plan trazado para el estudio sistemático de las anfibologías políticas que están consumiendo poco a poco la substancia nacional. Era lo obvio, comenzar por el individuo, para después desarrollarlo en los conceptos que al orden social atañen; pero unas palabras, sonoras cual cascabeles que se han dejado oír, con ocasión de una de las varias redacciones del artículo primero de la Constitución republicana, me mueven a analizar el concepto de *deber social*, como denominación del trabajo; aun sin haber establecido previamente que por su naturaleza gravita sobre el hombre. La anticipación no exige, por fortuna, más que invocar un hecho de conciencia al alcance de todos. El hombre es un ser eminentemente activo, y si—según se verá en su día—es además por necesidad, soportable, la conclusión fluye sin esfuerzo alguno: la actividad humana *deberá* hallarse relacionada con la sociedad. O en otros términos: el trabajo humano, que no es más que aquella actividad en cuanto dolor o pena (en nuestra actual condición), es un *deber social*. Coinciden, pues, en este punto, la redacción que se propuso dar al artículo primero de la Constitución republicana en proyecto, de acuerdo con el 38 de la misma, y la teología católica. No debieron de sospechar tal coincidencia los redactores del nuevo Código constitucional.

Pero, desgraciadamente, aquella es incompleta a pesar de que las palabras en que se expresan los dos pensamientos sean exactamente las mismas. Desde el primer momento, y en punto en que no parecía que cupiese, estamos en plena anfibología. Y es que la igualdad material de los vocablos no se debió a un proceso reflexivo, sino a una reacción instintiva, y por lo tanto incompleta, contra la ideología revolucionaria, la cual con inconsciencia—que calificaré de magnífica—habrá sido glorificada inmediatamente antes de proclamado el trabajo como deber social. En la redacción tentativa del artículo 1.º de la Constitución republicana y 38 de la misma, que comento, hay, pues, dos anfibologías y un conato de reacción, según voy a tener la gran complacencia de ponerlo de manifiesto ante

mis benévolo y quizá asombrados lectores.

O los términos de un lenguaje no tienen sentido alguno y sólo sirven para llenar cuartillas de papel y jugar—una vez hecho—a los despropósitos, o las palabras *deber social*, aplicadas al trabajo, entrañan la necesidad moral en el hombre de entregarse a él, para—en la forma adecuada—dar satisfacción a obligaciones que con respecto a la sociedad pudiera tener. Es inútil retorcér los dos términos con que se consagra la naturaleza del trabajo humano, cual conquista vislumbra en los primeros días de la segunda mitad del mes de septiembre del año de desgracia de 1931. O significan eso o no significan nada. O la Constitución republicana, al encajar el trabajo en la categoría de *deber social* ha querido afirmar que una de sus bases jurídicas la encuentra en la aplicación moralmente obligatoria de la actividad humana, en su relación con fines sociales, o se hubiese expresado como pudiera hacerlo un demente.

Siendo ello así, la fuerza irresistible de la Lógica nos obligará a recoger las siguientes conclusiones que de lo expuesto se desprenden como frutas maduras que las ramas no pueden ya retener. Si el hombre tiene el deber de trabajar, y hay en el trabajo algo penoso de que naturalmente huye (en su actual condición), es claro que ese deber no se lo ha impuesto a sí mismo, y por lo tanto, ha de haberle sido impuesto por alguien dotado de la fuerza moral necesaria para exigir su cumplimiento. Si la nota característica de ese deber es el ser social, aparece patente por el mismo concepto penal del trabajo—contrario a las más espontáneas inclinaciones del hombre—, que no puede ser obra suya la actividad hacia la cual vendría a quedar dolorosamente obligado. Es, pues, inquestionable, que la declaración acerca del trabajo humano propuesta para su engarce en el artículo primero de la Constitución republicana y que figura en el 38 de la misma, supone dos antecedentes sin cuya previa existencia no es más que fuego de artificio, logomaquia, engaño de miseros y desgraciados, paso del arado sobre el mar; el postulado de que el hombre viene a este mundo con deberes por otro ser fijados, y el condicionamiento de su vida toda al ambiente de una sociedad que ni él creó ni puede destruir.

Y ya surgió, como monstruo apocalíptico, la gran anfibología anunciada. Proclamar que el hombre viene a este mundo con deberes que le han sido impuestos, reclama ineludiblemente que se declare, con la existencia del deber, su subordinación a quien se lo dicta, y la designación, inequívoca y solemne, del legislador que lo decretó. Reconocer que el hombre no llega en su acción a crear ni a destruir la sociedad es confesar su impotencia para darla sus leyes fundamentales, y, por lo tanto, la superioridad de éstas sobre su juicio o su deseo, aunque la totalidad de los vivientes los tuvieran coincidentes, y aunque a ella se juntasen las de generaciones pasadas y futuras. O en otras palabras: la declaración del trabajo como

deber social, exige imperiosamente que la Constitución en que figure escrita afirmara la existencia del Ser superior que marcó al hombre el *deber social* que declara, y exhiba los títulos por los cuales promulga autorizadamente las leyes fundamentales de la Nación.

Y no solamente el proyecto de Constitución republicana no formula aquella afirmación, ni hace esta exhibición, sino que explícitamente niega la existencia de otro origen de deberes superior al pueblo mismo para el que se dictan, y pone en éste la potestad de fijar en su *total plenitud*, las leyes fundamentales de la sociedad española. El *deber social* del trabajo apareciera así declarado a la totalidad de los españoles como imposición de ellos mismos. Voluntariamente—y contra lo que la especulación y la experiencia enseñan—se habrían reducido a esclavitud, bajo la férula del trabajo, crugiendo de dolor, empapado en lágrimas, arrastrando la fatiga, y goteando sudor. Voluntariamente habrían creado su propio tirano, la sociedad; que cruel e inexorablemente les reclamara desde la primera de sus normas el tributo de su esclavitud aceptada. ¡Cuán siniestra anfibología...

Y todavía se presentaría con caracteres más sombríos si, utilizando un poco, pusieramos de relieve otros aspectos de la misma. ¡No podría señalarse el origen de la esclavitud a que derechamente conducen las anteriores consideraciones, más que en la voluntad de todos, en la de aquellos pocos a quienes la comunidad delega los atributos de soberanía que nominalmente en la Constitución se le reconocen? ¡Y no podría añadirse que si la sociedad, por virtud de su ley fundamental, reclama el tributo del trabajo, no basta para pagarlo la buena disposición del individuo, sino que serían indispensables condiciones para su ejercicio, que no procuradas por quien exige el pago, harían ineficaz la solemne declaración? ¡Y a dónde conduciría entonces la monstruosa anfibología?

No necesito derrochar esfuerzos para señalar el lugar de la Constitución republicana en que se han deslizado los elementos de la antítesis entre las palabras y su contenido. El Estado—según en ella se lee—no profesa ninguna religión, ni aún la natural; luego Dios, el único Ser que justamente pudo imponer a los hombres el trabajo doloroso como pena de una caída, que su misericordia tornaría en llevadera, está ausente de sus leyes y la sociedad no se rige por las divinas. He aquí, benévolo lector, cómo, persiguiendo una anfibología, hemos llegado a hacer este descubrimiento que sorprenderá a no pocos: la religión no es sólo el medio de salvación eterna de las almas, sino también el de la temporal de los pueblos. Sin ella, en efecto, las sociedades políticas caerían de base; pues no tienen otra—como se ha visto—los deberes naturales.

Las anfibologías que oscurecen hasta el punto señalado los dos términos de la denominación jurídica del trabajo, se coronan—lo dijimos al comienzo—con un

conato de reacción contra la ideología revolucionaria. Es lo último que nos queda por esclarecer.

La República—se afirma en la redacción comentada del artículo primero de la Constitución en proyecto, momentos antes de denominar el trabajo como *deber social*—*será liberal y democrática*. Y ya se sabe lo que esas dos palabras significan. Un régimen político en que la libertad individual—por lo menos de nombre—es el fin de todas sus instituciones; en que aquel atributo humano se estima como el supremo que haya de ser amparado. Pero al socialismo que es—por más que el término le produzca sacudidas de horror—reaccionario ante el liberalismo en la materia del trabajo, le repugna en su esfera la obra de la libertad dejada a sí misma que es la diferenciación; y, por ello, la opone como barrera, cuando menos verbal, la equiparación de todos los ciudadanos ante el trabajo. De aquí el *deber social frente a los epítetos de liberal y democrática* que entrañan lógica negación de todos los de esa naturaleza, ya que en las concepciones políticas que con ellos se califican son las sociedades las que tienen deberes para con los individuos, como obra de su libre conveniencia, sin reciprocidad alguna por parte de los últimos.

Y tanta incongruencia hace tan disforme el bordinio, que las huelgas—instrumento no pocas veces criminal que no obstante se ha preconizado por el socialismo como inexcusable en la defensa de los derechos de los trabajadores—quedarían extirpadas de raíz; pues si el trabajo es *deber social* no cabe cesar en él, aún por efecto de conflictos de clase, ya que por definición la sociedad es superior a todas ellas, y el deber, por la *sociedad* y no por la *clase* se califica.

Y así se podría continuar indefinidamente sacando consecuencias que se vuelven contra los autores de los términos, anfibológicos. Porque—en conclusión—nada se toma—aun sin buscarla—, venganza más cumplida de los saltamontes de la intelectualidad, que la filosofía católica cuando se la arrebatada clandestinamente su léxico, para usarlo después de haberlo vaciado del espíritu que le animaba.

Víctor PRADERA

ANUNCIANTES

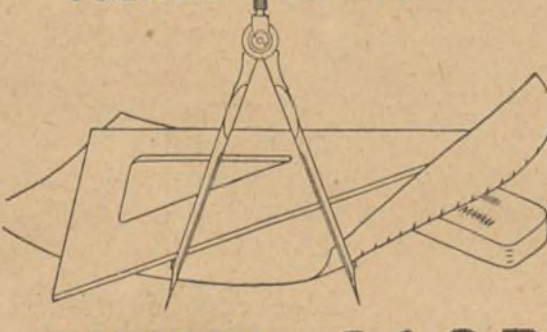
No es un periódico de público vulgar,

"Criterio"

Su aparición responde a los problemas que actualmente afectan a todas las clases sociales de España, pero con una orientación inteligente que supone lectores de condiciones psicológicas y morales de influjo seguro en su radio de relaciones.

Nuestros lectores son los más interesantes para el anunciante.

ARTÍCULOS DE DIBUJO PARA TÉCNICOS



PAPELERIA AV. E. DATO 13 ASOR

LOS DIAS y las HORAS

Revista de la SEMANA



miércoles

== Viva Cristo Rey! prohibido

Otra fuente de la ley: la queja de algunos casinos republicanos. De ese claro manantial ha surgido la ley votada en el despacho de Galarza prohibiendo gritar ¡Viva Cristo Rey!

¡Viva Cristo Rey! ¿puede ser motivo de enojo? ¡Viva Cristo Rey! ¿lleva algún concepto político que afecte a la República? ¡Viva Cristo Rey! ¿es cosa distinta que la proclamación de la modesta igualdad de todos los hombres, aún los propios reyes? ¡Viva Cristo Rey! es distinto acaso, por cuanto a Cristo se refiere, a ¡viva Cristo! ¿Y no es por cierto sólo, en cuanto se refiere al hombre en lo que el carácter Regio de Cristo hace menos singulares y menos ensoberbecientes los atributos de la autoridad humana?

¿Es que Galarza va a derogar la Biblia? Pues en la Biblia está la realeza de Cristo. En el Génesis, en los Salmos, en los Profetas, en los Evangelistas.

Delante de Pilatos, el Felón Procurador, Jesucristo lo afirmó: Tú lo dices. Yo soy Rey.

Pero que no se alarmen los casinos republicanos ni el Director General de Seguridad; Su Reino no es de este mundo.

¿No tienen el Fleury a mano esos casinos?... Pues no está de más un poquito de cultura elemental a ratos.



jueves

Guerra civil obrer

Otra vez, y es casi constante, en las calles de la ciudad ha corrido la sangre obrera. Santander ha sido teatro en esta ocasión de la tragedia.

Obreros contra obreros, hermanos contra hermanos. No es la lucha de clases ya; es la lucha cruel dentro de la misma clase. Y es que tanto una como otra, bajo pretextos variados, no son en el fondo más que la misma cosa: el opinionismo democrático, el partidismo. Ayer, la lucha se planteaba desde los partidos societaristas contra el capitalismo y la burguesía. Hoy, sojuzgado en gran parte el capital, las luchas se entablan entre unos partidos obreros y otros. Y es curioso leer en *El Socialista* las más prudentes recomendaciones contra el pistolismo de los sindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo, al mismo tiempo que en Santander, por ejemplo, los socialistas de la Unión General de Trabajadores tratan de someter a su despótico arbitrio a los sindicalistas católicos y actuar de majos en las calles porque creen que son los más fuertes.

Siempre es igual la democracia: dice blanco, negro y azul, según el instante; aquí suspira por la libertad y allí la atropella, y maneja a las masas sin más resultado final que proporcionarles la extraña felicidad de carecer de tranquilidad y acaso perder la vida en defensa de una opinión, de un partido y de unos politicastros.



viernes

Deliberación al galope ==

Bajo el peso de una presión indeclinable se ha discutido en el Congreso la enmienda que interesaba a los catalanes. ¡Esa es la soberanía nacional del Parlamento! Se discute a marchas forzadas, en sesión permanente, a plena convicción de que no va a resultar cosa distinta de

lo que de antemano se ha formado propósito. Todo entre incidentes, algaradas, descortesías, injurias inclusive. Esa es la manera de deliberar sobre los destinos del país. Y no sólo en esta ocasión y en esta España. El Parlamentarismo es igual en todas partes y rara vez pasan dos meses sin que venga la noticia de que en algún cuerpo legislativo han llegado a las manos o a las armas. ¿Preocupación de lo que han decidido en el Congreso?... La verdadera preocupación debe ser que exista el sistema. Por lo demás, ya Carille dijo que el charlamiento no puede aspirar al oficio de "Sabiduría Colectiva de las Naciones", sino que más bien viene a ser la tontería condensada de los pueblos. Y cuando el fruto es tan insipido e indigesto, siempre, el buen sentido no debe preocuparse de su resultado, sino de su sustitución.



sábado

== Gandhi, en pernetas

Todos los periódicos reproducen la pintoresca figura de Gandhi, desfilando por la ciudad de Londres, acompañada de la poetisa Naidu, ambos vestidos al uso de su país, seguidos del personal de su oficina política.

No es desconocido Londres para Gandhi, que se graduó en su Universidad. Ni siempre ha usado la indumentaria con que ahora se presenta; pues tanto en su vida de estudiante, como después en el ejercicio de la abogacía, en Bombay, y en el África del Sur, se habituaba como cualquiera otro mortal de la época y del lugar.

Pero Gandhi, para su obra magna, ha comprendido que nada puede prestarse más autoridad que la vida austera y la identificación, sin claud-

cación la más pequeña, con cuanto tenga expreso significado nacional, como el traje.

Y así, ese extraño personaje, ascético, vegetariano, con cuatro tablas por lecho y sin ninguna comodidad personal, paciente, perseverante, hábil y de una evidente gran originalidad de pensamiento, es el ídolo de los nacionalistas hindúes, y no pierde prestancia y fuerza moral, ni mucho menos, presentándose en Londres, para las labores de la Conferencia, en pernetas y envuelto en un paño que parece una sábana.



domingo

Más elecciones

Nueva proclamación de candidatos para las vacantes de diputados a Cortes Constituyentes: de nuevo el tinglado de la farsa. ¿Estamos en una situación republicana? Pues ya se sabe, no saldrán diputados contrarios. Y si salen, como salió el señor Calvo Sotelo, no podrá venir a ejercitar su derecho o su arrojo terminará en algún atropello lamentable o cosa aún peor. De las elecciones nada bueno debe esperarse jamás. Ni nadie cree en ellas. No hay una sola persona moderna que crea en la sinceridad posible de cualquier elección, ni en la espontánea y consciente emisión del voto, ni en la capacidad y competencia de la inmensa mayoría de los electores. Y, después, el fruto de las elecciones son los Parlamentos donde se habla sin reflexión, donde se hace lo que quieren los muñidores de las votaciones y donde si alguna vez se vota con más libertad al día siguiente se deja sin efecto lo que se dio por ley el día precedente; donde durante meses y años se pierde el tiempo sin acometer ni resolver cualquier asunto de verdadero interés nacional.

La elección que los mejores desearían ver triunfante, esa es la que naufraga. En esta ocasión, por Madrid, se ha proclamado uno de los más ilustres

jóvenes de España. Ilustre por sus propias cualidades y méritos. José Antonio Primo de Rivera, "Cuatrocientos acusadores y ningún defensor tendrá mi padre en el Congreso. Sería cobarde e insensible si durmiera tranquilo mientras en las Cortes, ante el pueblo, se siguen lanzando acusaciones contra la sagrada memoria de mi padre. Quiero ir a defenderle".



lunes

Entierros

Surgen las confusiones a granel. En Alfaro un viudo decide el entierro civil de su finada, pero con toque de campanas y entrada del cadáver a la iglesia parroquial, antes de ir al cementerio.

Y se pregunta el más discreto: ¿Quiere ser católico? ¿Quiere ese hombre no serlo? ¿Se burla del cura? ¿Se burla del cadáver? ¿Procede en serio? ¿Procede en broma macabra?

Lo único cierto es que procede mal, sea lo que fuere lo que se propusiere, y que no sabe lo que quiere.

Una inteligencia anulada por confusión notoria de todas las nociones.

Ese pobre hombre no sabe adorar a Dios, ni al diablo; atender a lo eterno ni a lo terrenal; ni al muerto ni a los vivientes. Es el dechado de la incompreensión, de la incoherencia, del engrudo mental y del atropellamiento de la democracia. De lo que es también notoria víctima.



martes

En tierras.

Y ¿es menos confusión la del nuevo decreto sobre laboreo de tierras?

No hay paz pública. No se cobran rentas. Se sufren las gabelas de alojados, derramas, caminos y mil más. La mano de obra rural por las nubes, o, dicho mejor, por los nubarrones. Augurios de expropia-

EL SUFRIDO PAPEL

Revista de la PRENSA

¿A qué no saben ustedes lo que preocupa a *La Libertad*, en pluma de Félix del Valle? Pues una novedad. "Menos prejuicios... Menos griterío parlamentario... Menos pasión... Más ideas. No combatir por antipatía... Todos los partidos pueden ser, ante las masas candorosas, combatidos y saboteados..."

No se nos ocurre más que decirle al autor: ¡Eh! Señor del Valle: suba usted un poquito más, porque desde el valle sin duda no ve usted claro. Pero en cuanto aclare usted la vista echará de ver que lo que no le gusta es precisamente el parlamentarismo, el opinionismo, el partidismo, todos los elementos que comprende la democracia."

¡Pocos años que hace que se decía ya: Cuando oigas gritar ¡Viva la libertad! atranca la puerta!...

No es de extrañar que en *La Libertad* no anden esclarecidas las mentes; porque están algo enredados y pobres de ilustración. Qué artículo tan gracioso sobre *El Trabajo*, de L. Hernández Alfonso. Vean ustedes los testimonios de erudición, todos de pasada: Saint Simón—el autor ignora lo que le decía el criado al despertarle para animarle a trabajar—

Política municipal en los pueblos, salida frecuentemente de cauces legales... Y, ¡ja sembrar! ¡A labrar! Sin excusas. *Manu rustici*. A merced de todas las torcidas codicias o intenciones rurales y politiquiles. Y sin indemnización.

¿Se sabe ya qué es catolicismo, qué es laicismo, qué es propiedad, qué es legalidad, qué es socialismo, qué es atropello?

Todo es confusión de pensamientos, turbación de los ánimos.

¡Oh! divina claridad de la cultura y de la conciencia—. ¡Añoranzas!

Tristán de MARTIARTU

¡Ja—! Tomás Moro, al que atribuye nada menos que el aserto del carácter obligatorio del trabajo; Campanella, a quien supone recogiendo decires de Tomás Moro; *La Basiliada*, de Morely, y *El año 2000*, de Bellamy... Es decir, un sotador y cuatro obritas de imagnación. Como ve el lector, con todo ese bagaje intelectual formidable ya se puede definir sobre el trabajo y hasta abonarse al Comedor Municipal de los parados.

A *El Socialista*, que tiene cortesía y todo, y que cada día siente más las responsabilidades del poder y las preocupaciones de los que no son unos pobres diablos, no le llega la camisa, porque *El Socialista* no es ningún descamisado, ya al cuerpo, con las ordinarietas, las violencias y las inconveniencias de los discursos sindicalistas. Y dice: "en la Confederación llega el que se sueten la carga de las responsabilidades, que en último caso nadie había de exigirles, porque en la Confederación no existen responsables a quienes pedir cuenta de ninguna actuación. Allí no dominó nunca más que la violencia; la pistola, que fué el único argumento de propaganda. Ahora se recogen los frutos de semejante cosecha".

¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Tiene muchísima gracia! *El Socialista* no ha roto un plato, ni recuerda haberle oído al Abuelo predicar el asesinato personal... Qué cosas trae el poder... ¡y el miedo!

Más cultura. Esta vez en *El Socialista*. Una crónica... del síncope. Porque vaya una falta de sintaxis tan hermana de la carencia de sínderesis.

Hace hoy doscientos ochenta y tres años que le hicieron fraillazo a uno de los hombres de más exquisita sensibilidad que han existido. Aquel delito de lesa inteligencia y lesa libertad merece la nota del recuerdo.

Se refiere a "Tirso de Molina". El escribidor cree que en aquellos tiempos se obligaba a ser fraile como ahora se obliga a cotizar a los obreros y a pertenecer a esta o la otra recto-cotizadora bajo pena de quedar sin trabajo. No. Ni Tirso de Molina era tan fácil de llevar como un modesto obrero manual. El que no quería ser fraile, lo dejaba, como Turmeda. Y no existía el borreguismo.

Y sigue: La Iglesia católica sancionaba estas cosas, y con igual solemnidad bautizaba y emborrachaba la partida de un bastardo de duque, que aspergaba el bateo de un hijo sacrilego de cura, si éste se llama Lope de Vega, por ejemplo. Y era frase corriente del pícaro y el señor y la dama aquello de "hi... de tal". Tal era la abundancia.

Sancionar, si; aprobar, no. Pero ¿qué sabe el escribidor de perfiles? Y la Iglesia bautizada, cómo no, a los mal nacidos. Lo que no tenía por qué hacer era desmoralizar la sociedad, dando por bien nacido al que había tenido la desgracia, culpa de sus padres, de nacer mal.

Cuando la culpa es culpa y la virtud virtud, es afrentosa la frase "hi... de tal". Y no hay abundancia efectiva.

En cuanto abundan, la tendencia lógica no es afrentarse con frases, sino desafrentarse con comedias y legítimar como derecho democrático lo que siempre es culpa de la flaqueza humana.

¡Leerse tres veces el Corán!... Si, si, me dije; esto es grande y debes hablar de ello. Harás un artículo citando el hecho; un artículo que tal vez el pobre Bergua no llegue a leer por pronto que se publique, pues el esfuerzo debe haber sido agotador, extenuante, de los que dan al traste con los grandes héroes...

Este es el concepto de la cultura que se profesa en *El Socialista*.

Y, ¿qué sentido común? Porque todo eso se dice para anunciar una edición de Alcorán, que ha hecho un librero, y... que nadie se decida a comprar un volumen, naturalmente.

T. de M.

ASKAR ZUMAYA

FABRICA

de motores marinos e industriales.

GRUPOS MOTO-BOMBA

para regadíos, agotamientos y contra incendios.

GRUPOS ELECTROGENOS, ETC.

Potencias de 3 a 120 H. P. y de 1 a 8 cilindros.

FUNDICION

de hierro, metales y maleables.

ASTILLEROS

Construcción de toda clase de embarcaciones de pesca servicio y recreo.

PROVEEDORES

de la Armada y Sociedad Española de Salvamento de Naufragos.

ESTUDIOS

proyectos y presupuestos gratis.

Clave A. B. C. 5.ª edición

TELEFONO NUM. 35

Telefonemas Telegramas Cables

ASKAR

Folleto de CRITERIO

(2)

FLOR-DE-GRANAO

NOVELA CORTA

por Juan GUILLEN SOTELO

III

del retaco golpeó la puerta Currito Ramos, en medio de los furiosos ladridos de los perros; y cuando abrió *Flor-de-Granao*, que traía en la mano la escopeta montada, en dos palabras le puso al corriente de la voluntad de *Zamarra*, y entre los dos bajaron del arzón al herido, que no daba señales de vida, y lo internaron en la hacienda, perdiéndose en los corredores y cuartos de ella.

Los dos hombres ejecutaban sin hablar: Currito Ramos miraba al mayoral con respeto; *Flor-de-Granao* detenía su mirada con lástima en la hermosa y varonil figura del Teniente de los secuestradores.

Dejado el herido en lugar seguro, volvieron al llano; ya la luz permitía distinguir la carretera, que se perdía culebreando entre la masa oscura de los olivares y las viñas, y el río, que susurraba en el fondo del valle, medio encubierto por tarajes y cañaverales.

El mayoral, dió un vaso de aguardiente al bandolero. —Lo necesitarás. —Gracias.

La mirada de *Flor-de-Granao* estaba fija en la carretera; aplicó el oído y agarrando de un hombro al caballista le dijo con voz serena: —Los civiles.

Currito Ramos montó de un salto en la jaca, desenganchó el retaco, y sin decir adiós salió al galope por el lado opuesto al que había venido.

El sargento y los tres guardias civiles de caballería, que entraron trotando en el llano media hora después, encontraron a *Flor-de-Granao* que desollaba una cabra colgada de los barrotes de una ventana al lado de la puerta; en el suelo había una gran mancha de sangre, oscura en los bordes, como menos fresca que en el centro, en donde caía gota a gota. El mayoral, arremangados los brazos, navaja en mano, desollaba hábil y tranquilamente; al ruido de los caballos y al choque de espadas y fornituras, se volvió. —¿Cómo tan de mañana, caballeros?—preguntó saludándolos con un expresivo movimiento de cabeza.

—¿Ha pasado algo por aquí?—preguntó a su vez el sargento.

Flor-de-Granao volvióse extrañado.

—¿Por aquí? na..., gracias a Dios...; ¡hay novedades!

—La partida de *Zamarra*, que hemos batido anoche; él ha caído herido, pero desapareció; los demás montaron y huyeron a la desbandada; nosotros nos separamos también, y vamos persiguiendo a los dispersos. ¿No llegó aquí ninguno?

—No...; es decir, cuando yo me levantaba ladraron mucho los perros; me asomé al postigo y no vi nada; pue

que pasara alguno por el camino bajo. Y si tién ostés días, con entrar y registrar la hacienda se sale de ellas.

—¿Quite usted, hombre!—dijo el sargento, que conocía de antiguo a *Flor-de-Granao*.

—No, señor, no habría ofensa—y añadió gravemente: —ostés cumplirán con su deber, como yo cumplo con el mío.

El sargento y los guardias echaron pie a tierra y se sentaron en los poyos que rodean el llano.

Flor-de-Granao seguía desollando tranquilamente.

—¿Demontres de cosas!—dijo con la gravedad que tuvo toda su vida—demontres de secuestradores!... La mala vida a lo que lleva, sargento Rojas...; ¡pero estoy tonto! Ostés vendrán con mal cuerpo por la noche que han llevado, y no les vendrá mal un piquis-labis; ahí dentro hay un plato de ajo porro y un pirulo con aguardiente; guardia—añadió volviéndose al que tenía más próximo—¿quiere osté entrar por ello, que yo tengo las manos llenas de sangre?

El guardia sacó el plato, un pan y el pirulo, y comieron como lobos y bebieron como quien lleva una noche que empieza a tiros y acaba persiguiendo algo que desaparece como sombra.

Y si alguna sospecha traían los de la benemérita, desapareció al ver cómo el mismo *Flor-de-Granao* les hacía entrar en la casa.

—¿Y hoy viene alguien, o qué?—dijo el sargento mascando a dos carrillos.

—Si, don Marcelo, que viene por unos días a las perdices; y como no come más que carne, he matao un bicho...

Después de un rato, los guardias montaron de nuevo y salieron del llano, siguiendo al paso el mismo camino que una hora antes tomara al galope Currito Ramos.

—Que haiga suerte, caballeros—les dijo *Flor-de-Granao*, que lavaba en un lebrillo la asadura; y si se les terciara volver, vuelvan, que con gusto se les recibe; y ya ven—añadió señalando la cabra—que de comer no faltará.

Cuando traspusieron los guardias el paseo de cipreses que rodea por la parte de Levante la hacienda de los Chacones, uno de ellos, viejo y curtido, con tres galones de reenganche en la manga izquierda, se dirigió al sargento. —Yo juraría que *Flor-de-Granao* sabe dónde está *Zamarra*.

—¡Bah!—replicó el sargento y se dijo in mente: —Ese Torres ve encubridores hasta en nosotros.

Cristóbal Torres iba pensativo, sin embargo, y eso que no sabía un detalle de don Marcelo Chacón; que de haberlo sabido, tomara rumbo a la hacienda.

Don Marcelo Chacón acababa de doctorarse de médico en la Universidad madrileña.

IV

Dos meses después, en una noche oscura y calurosa de junio, dos hombres se paraban en medio de una vereda que conduce al cerro de la Abulaga, que domina el terreno. El más alto de ellos, y ninguno pasaba de mediana en materia de estatura, andaba con algún trabajo y se apoyaba a veces en el retaco de dos cañones que llevaba en la mano izquierda, como si fuera un bastón; el otro llevaba su retaco bajo el brazo.

Cuando llegaron a un grupo de algarrobos, que forman así como diminuto bosquecillo, se detuvieron y sentáronse en las piedras de un balate; el silencio era imponente; es-

(Continúa en la siguiente.)

España y la francmasonería

Con este título publica "Wiener Freimaurer-Zeitung" lo siguiente:

"Un deseo, largo tiempo sentido por los hermanos del Gran Oriente, ha podido por fin realizarse. El Gran Oriente ha podido por fin trasladar su residencia de Sevilla a Madrid. Si las posibilidades de acción del Gran Oriente estuvieron un tanto restringidas durante los años de la Dictadura, actualmente gozan de libre desenvolvimiento.

"Quien conoce a los jefes de la francmasonería española, sabe que esta libertad tendrá su mejor empleo. La francmasonería española no quiere otra cosa que poner sus mejores esfuerzos al servicio del ideal de la humanidad y de la libertad del pensamiento y de la fe. Va a esforzarse para cumplir esta misión en todos sus aspectos dentro de la joven república.

"La última junta celebrada por el Gran Oriente, que acordó el traslado de la residencia, eligió, al mismo tiempo, el nuevo consejo de los Grandes Oficiales. El diputado Gran Maestre, actual ministro de Comunicaciones, Hermano (tres puntos) Diego Martínez Barrio, ha sido elegido Gran Maestre del Gran Oriente. Otros dos ministros del Gobierno provisional de la República, Fernando de los Ríos, ministro de la Justicia, y Marcelino Domingo, ministro de Instrucción Pública, son también miembros del consejo. Aún otra figura interesante hay entre los Grandes Oficiales: es el Hermano (tres puntos) Emilio Palomo, gobernador de Madrid.

"El Hermano (tres puntos) Martínez Barrio, nuevo Gran Maestre, es desde 1919 *leader* del partido republicano en Sevilla. Por sus trabajos en favor de la libertad (que ahora disfrutamos), fué condenado a prisión más de una vez, durante el régimen de Primo de Rivera. Fué siempre entusiasta partidario de la causa francmasónica. Una prueba de su alta concepción del Arte Real es que considera los presente momentos como los más oportunos para servir a la masonería sobre todas las cosas, antes que al propio Estado."

Hasta aquí "Wiener"...

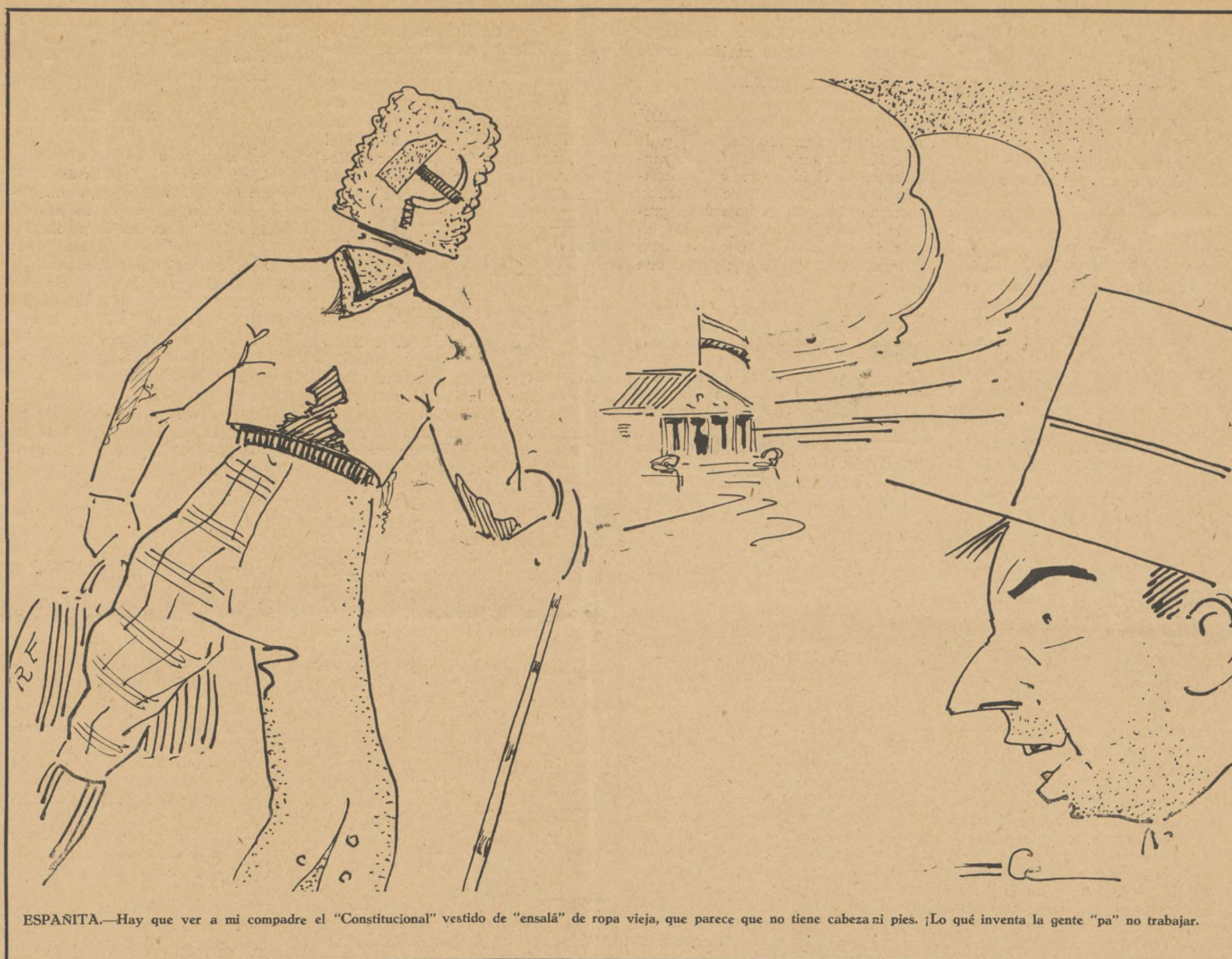
En España siguen siendo muy pocos los que saben qué es la caverna de Adonirán, donde se forjaron todas las revoluciones modernas, extranjeras y españolas.

De esa caverna fueron cavernícolas los que trazaron y ejecutaron todos esos pronunciamientos, sublevaciones, motines, rebeldías de toda laya que ensangrientan nuestra Historia desde la invasión napoleónica para acá.

De esa caverna son cavernícolas la flor y nata de los corifeos de la cavernícola república triunfante.

Y entre los poquísimos españoles que saben que la caverna de Adonirán es el antro de la Viuda, y que la Viuda es la masonería, pocos son los que creen que la masonería existe y que haya masones de carne y hueso. Menos son aún los que reconocen su innegable influjo histórico en todas las catástrofes modernas, políticas y sociales.

Se da el caso de que cuando algún investigador curioso, aunque sea de la talla de D. Vicente de Lafuente o de Menéndez Pelayo, se aventura a auscultar y escurrir el paso de la corriente masónica



ESPANITA.—Hay que ver a mi compadre el "Constitucional" vestido de "ensalá" de ropa vieja, que parece que no tiene cabeza ni pies. ¡Lo qué inventa la gente "pa" no trabajar.

CRITERIO

ADMINISTRACION

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.
Teléfono núm. 90545.
MADRID

por debajo de las revoluciones que se inauguran en las Constituciones de Bayona y de Cádiz, se ve negro. Porque historiadores que fueron testigos de conspiraciones y revoluciones que narran y para quienes el influjo masónico era evidente, o lo consideran sin importancia, o lo estiman irrisorio, y ni lo mencionan ni lo aluden. Este silencio, junto con el silencio masónico profesional, pone en trance de sudar el quillo a los investigadores de las verdaderas causas nacionales e internacionales de todo este vértigo político y social de la Historia moderna del mundo, y de España en particular.

A los futuros investigadores de la historia de nuestros días brindamos esa información de un periódico extranjero, que tiene motivos para estar bien informado. No debe ser sólo del Gran Oriente lo de servir a la masonería desde el Poder, antes que al Estado. *La República* por encima de todo, es ya lema que se repite en el Parlamento.

Antes que España, la República, y antes que la República, ya lo vemos, la masonería, sujeta con vínculos internacionales al judaísmo internacional, árbitro de todos los internacionalismos socialistas, comunistas, sindicalistas, anarquistas, y de los otros que radican o se resuelven en el internacionalismo financiero.

MARIO

Muy importante

El éxito obtenido por CRITERIO al solo anuncio de su aparición, ha sido tan rotundo que difícilmente hemos podido servir la cantidad de ejemplares que se nos ha pedido de provincias.

Para lo sucesivo advertimos a los vendedores y paqueteros que hagan sus pedidos con dos días antes por lo menos de la fecha en que ha de publicarse este semanario.

Haciéndolo así quedarán servidos muy cumplidamente por nuestra parte.

A los señores suscriptores les hacemos saber que, según costumbre, el pago es adelantado, y, por consiguiente, no serviremos ninguna demanda de suscripción que no venga acompañada de su importe.

PICOTAZOS

¡Semana de Pasión! ¡España crucificada!... Hay un Pilatos indeciso entre ella y Cataluña; y un Barrabás con acento de las Ramblas... ¡Y hay un pueblo indiferente que pasa con la mayor facilidad del Domingo de Ramos al Viernes Santo! ¡Pobre España!... ¡Infundes piedad más que por tus males por la borreguila pasividad con que los sufres. Porque las rebeldías múltiples que presenciamos son frutos del hombre y la intoxicación: no de la dignidad ciudadana.

Los diputados constituyentes y reconstituidos, después de aplaudir los discursos de Iglesias, Unamuno y Sánchez Román defendiendo la unidad de soberanía para el Estado español, votaron en favor del pastel catalanista cocido en los hornos secretos del Congreso. Nunca mejor puede decirse el verso clásico de Ovidio "Vide meliora proboque deteriora sequitur". En efecto, aplauden lo que les parece bien y... votan lo contrario. ¡Vivan la sinceridad, la lógica, la libertad... y la Pepa!

Por fin, tras laboriosa y subterránea gestión, salió la definición flamante de lo que es, según la proyectada Constitución, España. Pero después de las últimas sesiones bajo la sombra del pacto de San Sebastián y en los sonos de "Els Segadors", aquella podía haberse ahorrado. Con decir—España es un trapito del que se hace lo que se quiere—estaba más claro.

La justicia que mandan hacer

"El juez que instruye sumario por los sucesos acaecidos en Santander, el jueves último, decretó el domingo la libertad de dos de los detenidos, por apreciar que su culpabilidad no resultaba probada suficientemente. En el acto los socialistas se presentaron al alcalde, que hizo causa común con ellos, y, juntos, visitaron al gobernador, a quien amenazaron con otra huelga general si la decisión del juez no se revocaba. En el mismo sentido se telefonó al ministro de Justicia, acusando al juez de "parcialidad", y resultado de todas estas gestiones y de la presentación por la Casa del Pueblo de nuevos "testigos", que hasta la fecha no se habían dado a luz, fué el nuevo encarcelamiento de los dos libertados."

No es nuevo el caso, ni exclusivo del nuevo régimen. Pero por desgracia, no puede ser más lógico.

La administración de justicia debe tener su centro de gravedad: o ajustarse al dictamen de la mayoría o satisfacer al sentimiento de eterna rectitud.

El primer concepto es el democrático; el segundo el jurídico.

Si la mayoría es fuente de la ley, la ley es tan mudable como lo son las mayorías y en rigor no hay más ley que aquella que exprese el sentir y querer de la mayoría en cualquier forma y momento que se manifiesten.

Todo ello lleva a pensar que la administración de justicia, para ser democrática, debía de ejercerse por las asambleas de la comunidad de ciudadanos y el fallo ser el resultado en la mayoría de la votación.

Se dirá pero no haríamos otra cosa de por vida los ciudadanos que juzgar pleitos y causas... Exacto.

La lentitud y el estancamiento de los procesos serían aterradoros, si, cosa indispensable, para cada resolución incidental, interlocutoria, examen de pruebas, la muchedumbre ciudadana hubiese de asistir... Así es.

Quedarían atendidos los múltiples oficios vitales... En efecto.

Las sentencias no serían justas, sino sorprendentes, porque las mayorías no son los sabios, ni los comprensivos, ni los especializados, ni los ecuanímenes, sino los ignorantes, cortos de entendimiento, dedicado a actividades diferentes, los apasionados e impresionables... Así es justamente.

Pues ni la administración de justicia democrática es posible, ni de ser posible sería justa.

Cosa innegable.

Pero ya que esa democracia pura no es posible, ¡qué cabe esperar de estos otros sistemas democráticos?

Cuando sube un partido y baja otro cuando una mayoría aprueba lo que otro desaprueba mañana, ni la sociedad tiene base de estabilidad y de progreso, ni el juez sabe cuál es la justicia que tiene que hacer, ni el derecho que debe aplicar. Se limitará a mirar a quien está en turno de mando para obedecerle si le hace sugerencias o para brindarle la devoción, aunque no se acuerde de mirarle a la cara. Y quedarán con disgusto: los que de buena fe buscan justicia, porque se burla o no se satisface su conciencia natural de ella; los que movidos de pasión, creyéndose mayorías posibles, no han intervenido a su arbitrio la resolución, el juez que a nadie satisface y se rinde al poder efímero de un personajillo político y al propio titere de la farsa, que suele quejarse de no haber justicia por no ser atendido siempre y porque donde las dan las toman. El Pueblo, ya sabe que por sí solo, sin influencia, nada tiene que contar como justo y seguro amparo.

Entonces, ¡qué principio asegura la justicia?

El de la ordenación social sobre fundamentos eternos, de los que la ley y su observancia se deducen fácilmente.

Y que los jueces no dependan como pluma al viento de los interesados partidismos y partidistas interesados, ni de las volubles mayorías; sino del rey, superior a las parcialidades, porque su interés es que prospere el conjunto nacional.

TRIBUNARIO

P. RIVADENEYRA (8. A.) — ARTES GRÁFICAS. — MADRID

Folleto de CRITERIO

(3)

taban lejos de todo camino; detrás de ellos, la masa negra de los cerros cortaba el horizonte; delante, las colinas en declive bajaban hasta el fondo del anchuroso valle, en que el río seguía su marcha hacia el mar.

—*Flor-de-Granao*—dijo el más alto de los dos al otro: ya nos separamos; vivo gracias a Dios, y a ti y a don Marcelo; os debo la vida; si la necesitáis, pedídmela; no hay más que hablar.

—No he hecho sino lo debí—afirmó gravemente *Flor-de-Granao*; pero por ello mismo he de aconsejarte que cambies de *vía* y vuelvas a ser lo que eras; si no *tienes* dinero, yo tengo unos cientos de duros; tomas un falucho contrabandista y te pones en el moro en menos que canta un gallo.

—Es tarde.

—Nunca es tarde cuando hay voluntad y corazón.

—En cuanto me pesquen, me fusilan, *Flor-de-Granao*; me la tienen *jurá*; pero no iré solo e iré lo más tarde que pueda, te lo prometo.

—Que Dios te ayude, Diego; que El vaya contigo y te dé medios para juir; yo me vuelvo a la hacienda...

Zamarra se levantó; su cuerpo gallardo resaltó sobre el Cielo, en el que titilaban los luceros.

—Adiós y hasta la primera, *Flor-de-Granao*; dile a los Chacones que estén tranquilos, por ellos, por los suyos, por sus haciendas; que mientras no *afusilen* a *Zamarra*, no necesitan de un tricrónico ni de un retaco que los guarde... Ahora, cuando lo *afusilen*, Dios los protegerá, porque son caballeros.

Y sin abrazarse, ni darse las manos siquiera, los dos hombres se separaron; *Zamarra* metióse en un sendero que

llevaba a la otra vertiente; *Flor-de-Granao* hizo un cigarro, lo encendió y se volvió a la hacienda de los Chacones.

En ella había aquella noche fiesta y jolgorio, porque Agustín Chacón ya era padre, y al saberlo sus mozos, armaron en su obsequio un rato de jarana, que presidía Marcelo, su hermano, que en dos meses no se había movido de allí, entregado por completo a la caza. *Flor-de-Granao* entró en el llano por la puerta de la casa como si saliera de ella.

Bailaban los mozos con las mozas, tocaba magistralmente Careca, el guarda de Los Pozuelos, y platillos y guitarras armonizabanse amenizando la noche, que se extendía sobre los campos tranquila, serena, perfumada.

Flor-de-Granao fué a sentarse junto a Marcelo Chacón.

—Sin *noveá*—dijo por lo bajo.

Nunca como aquella noche se captó un Chacón las simpatías de los campesinos; comenzó tocando, bailó luego con una hija de Chanchero, que era una moza como una estrella, y al fin, accediendo a instancias reiteradas, cantó unas murcianas que valieron un mundo.

La fiesta acabó tarde; y cuando todos se marcharon, Marcelo Chacón y *Flor-de-Granao* quedaron hablando sentados en el poyo de la punta del llano, frente al Paseo de los Cipreses.

—Se fué sin dolores ningunos y muy *agradesio*; dijo que mientras alentara durmieran *ostés* tranquilos; que no quería irse fuera de España; le hice el ofrecimiento como si fuera mío, y lo rechazó...

—¡Lástima de hombre!—dijo Marcelo Chacón pensativo.

El estridente maullido de un mochuelo resonó siniestro próximo a ellos.

—¡Maldito pájaro de mal agüero!—añadió el supersticioso Labrador levantándose de un salto.

Y una hora después, al acostarse, decía a *Flor-de-Granao*, que le daba conversación antes de irse a su cuarto:

—Estoy esta noche violento; temo, temo no sé qué... no sé si por *Zamarra*, o por mí... o por los míos...

—¡Bah! cómo dice *Zamarra*, mientras él y yo vivamos, podéis dormir tranquilo tú y los tuyos; luego Dios os protegerá, porque *seis* de lo que no se conoce.

Con todo, por una preocupación sin fundamento, Marcelo Chacón durmió mal aquella noche, en que puso colmo a un beneficio de los que no se paga si no con la vida.

V

Pasaron años sin que ocurriera en ellos más de notable que la muerte de *Currito Ramos*, a manos de la Guardia civil, y *Zamarra* siguió burlando a ésta y a las autoridades y campando por sus respetos.

Dicen que le afectó mucho la trágica muerte del que fué su teniente, y se sostiene por algunos que hasta modificó su carácter, haciéndolo un tanto cruel y despiadado. Vagaba por la serranía, bajando a veces al llano, seguido de siete u ocho hombres que constituían su partida, que se renovaban de cuando en cuando, porque la benemérita se encargaba de renovarlos matándolos o prendiéndolos en los diversos encuentros que con los caballistas sostenía.

En aquellos años *Zamarra* no vió a los Chacones, ni a su compadre *Flor-de-Granao*; parecía alejarse de ellos, porque a los primeros tuvo ocasión de verlos, y al otro mucho más, puesto que hallábase en el cortijo de Salas permanentemente.

Cuando en algunas de sus correrías *Zamarra* llegaba a

las crestas que dominan el valle del Tomalejo, miraba con respeto mezclado de cariño aquel caserón de Salas, propiedad de los Chacones, que se destacaba blanco y risueño, rodeado de cipreses y eucaliptos; luego volvía la jaca, miraba de nuevo y seguía su camino imperturbable.

En una ocasión jugaban en el llano, voltejeando entre las infinitas macetas de flores que lo adornaban, los niños, que vistos desde lo alto del monte parecían palomillas con sus sacos blancos. Las criaturas gritaban contentas y alegres, distinguiéndose, por su inteligencia despierta y su alegría de angel, un pequeñuelo rubio, gordete y coloradote, que casi contaba por meses su edad, hijo primogénito de Agustín Chacón.

Allá, desde lo alto del cerro del Conde, no se distinguían más que los bultos blancos que parecían mariposillas. *Zamarra*, que reposaba bajo una encina, los miraba correr y jugar, y contemplándolos estuvo largo rato. Luego se dirigió a *Cardenillo*, un mozo de Jaén que se había echado al campo prometiendo mucho:

—Ahí tienes lo que únicamente quiere *Zamarra* sobre la tierra. Por salvar a esos niños de un peligro..., qué sé yo..., hasta me entregaba a los civiles.

Cardenillo miró extrañado al capitán con sus grandes ojos garzos.

—Y como salga con bien la expedición que hoy comenzamos, como volvamos de Sevilla sin *noveá* y la Virgen de los Dolores nos proteja, les voy a traer unos juguetes como no los tiene el Príncipe Alfonso..., nunca sabrán quien se los mandó..., ¿eso no?

Y aquel *jeso* no!, lo dijo *Zamarra*, con fiera energía y evidentes fuerzas; parecía como si aquel corazón envilecido no quisiera manchar con su contacto los seres a quienes se ligaba por la gratitud.

(Continuará.)